

Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas: observaciones a una trayectoria

Nils Castro

Ensayista y profesor panameño.

Hoy las izquierdas latinoamericanas reconstruyen sus propuestas políticas a tenor de las exigencias sociales y morales que caracterizan a un continente donde la desigualdad y la pobreza alcanzan magnitudes intolerables, que retan los límites de la paciencia popular. Con esto, al cabo de una larga experiencia cabe preguntarse, ¿cuántos de los temas tradicionalmente discutidos y de los instrumentos en que antes nos hemos apoyado justificaron la atención dispensada, y cuántos todavía influyen —acertada o desacertadamente— en la organización de nuestras prácticas? ¿Cómo esto incide sobre la actual decantación de las perspectivas latinoamericanas de izquierda?

La Revolución cubana y su lectura por la izquierda latinoamericana

Sin duda, por largo tiempo el estímulo que más contribuyó a movilizar a las izquierdas latinoamericanas, y a impulsar nuevos desarrollos creativos de su investigación y pensamiento, fue la Revolución cubana. A pesar de lo que se ha afirmado sobre «una revolución

sin ideología», Fidel y el pequeño círculo de sus más íntimos sí actuaban con una guía ideológica coherente. Fidel había leído a Lenin y en algún momento se lo recomendó a Abel Santamaría; más tarde reclutó en México al Che Guevara, quien tenía conocimientos del marxismo. Una fresca y original interpretación marxista de las posibilidades cubanas ayudó a concebir aquella estrategia de lucha, pero no se habló del asunto más que lo indispensable. Por ejemplo, Vilma Espín, heroína que fue una de las primeras dirigentes nacionales del Movimiento, no escuchó hablar de marxismo hasta después de haberse terminado la guerra.¹

Desde el primer momento, Fidel aplicó una de sus máximas fundamentales, aunque no siempre una de las más citadas: ser revolucionario es hacer en cada momento lo más revolucionario que en ese momento se pueda hacer.

El primer programa del Movimiento 26 de Julio, en los primeros meses de la Revolución —redactado entre otros por Felipe Pazos y Regino Boti—, adaptó a aquel momento de la realidad cubana la estrategia de desarrollo propuesta por la CEPAL bajo el liderazgo de Raúl Prebisch. De hecho, las primeras iniciativas de

la Revolución cubana coincidieron con lo que ese organismo regional a la sazón recomendaba y fueron su aplicación más completa.

La admiración suscitada por la Revolución cubana enseguida despertó un enorme caudal de simpatías y solidaridades, que atrajo a millones de latinoamericanos —como a millones de cubanos— hacia una original y palpable izquierda «fidelista» que no requería mayores precisiones doctrinales. Muchos latinoamericanos desearon un futuro similar para sus países, sin que esto necesariamente significara creer que era preciso alzarse en armas, aunque no pocos jóvenes sintieron tentaciones guerrilleras. Como, también, algunos cubanos se vieron intuitivamente atraídos por la idea de proseguir la gesta en cualquier país hermano. *Cien preguntas a un guerrillero*, de Armando Bayo,² así como *Pasajes de la guerra revolucionaria*, de Ernesto Che Guevara, fueron copiosamente reeditados.

El hecho de que una cálida revolución socialista latinoamericana surgiera al margen de los cánones preestablecidos abrió un parteaguas entre un sector de la izquierda tradicional y las nuevas izquierdas atraídas o promovidas por esa revolución. Pero más allá del sano debate, al poco tiempo algunas tergiversaciones, elaboradas a la izquierda de la verdad, se tomaron el escenario.

Lo cierto es que la experiencia cubana nunca probó que un pequeño foco guerrillero pueda atraer a un pueblo a la guerra revolucionaria; en Cuba, la resistencia social empezó antes que la guerrilla, y el Llano sostuvo largamente a la Sierra. Tampoco demostró que fuera posible alzar a las masas —ni siquiera al proletariado— convocándolas a nombre de un proyecto socialista y antimperialista radical. En Cuba, la gente se rebeló porque repudiaba los abusos de la tiranía y porque un joven dispuesto a jugarse la vida —como Fidel lo demostró tanto en el Moncada como en el Granma y en Playa Girón— les ofreció un proyecto cívico, socialmente fraternal y moralmente creíble dentro de la cultura política de su país y su tiempo: lo más revolucionario que aquel momento podía aceptar.

¿Por qué la tenaz fortaleza del proyecto cubano? En primer lugar, por ser insospechablemente endógeno. Ninguna internacional política, ni ninguna conspiración o asesoría foránea lo indujo. Además, porque a la reivindicación democrática y de equidad social anunciada en el Programa del Moncada la acompañó un fogoso carácter patriótico. Sus motivaciones populares desahogaron los viejos agravios íntimos que databan de la intervención norteamericana de 1898, la frustración del proyecto martiano, y la tutela imperial, así como la corrupción de la democracia y las dictaduras implantadas. Que este arraigado sentimiento pudiera cobrar explicación teórica bajo el concepto de antimperialismo es algo que la mayoría de los cubanos aprendió solo después.

Ello conduce a preguntarnos: ¿qué les sucedió a los siguientes intentos insurreccionales de su tipo en América Latina? A mi juicio, esos proyectos no siempre se basaron en un efectivo conocimiento de la realidad donde iban a operar, comparable al conocimiento que Fidel Castro tenía de la sociedad cubana de los años 50. En cierta medida, los patrones ideológicos adoptados de antemano distorsionaron el examen de las respectivas realidades particulares y, aunque dichos intentos se inscribieran en los ideales de una vanguardia, no siempre se correspondieron con las condiciones, demandas y posibilidades efectivas de las distintas sociedades nacionales a las cuales fueron propuestos. En otras palabras, había desencuentros entre el «método de conocimiento» y la «utopía» movilizadora, a los que aludía Mariátegui. En consecuencia, no siempre el voluntarismo revolucionario fue consecuente con la máxima de hacer en cada caso lo más que el lugar y el momento podían admitir.

Se ha dicho que la propuesta de alentar guerrillas revolucionarias se refirió a países con características parecidas a las que habían prevalecido en Cuba. De ser ese el caso, ello bastaría para explicar por qué les faltó éxito, pues las condiciones prerrevolucionarias cubanas —tanto objetivas como subjetivas— no habían tenido paralelo en las demás naciones del área.

Aparte de los factores históricos que se remontan a las guerras cubanas de liberación nacional, desde el punto de vista geográfico y socioeconómico, la isla de Cuba era un caso especial. La suavidad geográfica y la industria azucarera le habían deparado un sistema de comunicaciones y transportes que integraba la mayor parte de su territorio, articulando fábricas y puertos donde se desplegaba una población culturalmente homogénea y una clase trabajadora organizada en casi todo el país. El acontecer político cubano afectaba, prácticamente al unísono, a la mayor parte de su territorio y población.

Nada similar podía encontrarse en Bolivia o Nicaragua, donde los espacios demográficos en los que tocaría insertarse a las izquierdas aún permanecen desarticulados en segmentos étnicos y geográficos recíprocamente incomunicados, no solo por la escasez de vías terrestres, sino por múltiples diferencias y hasta desconfianzas culturales. Vistas así las cosas, el país guerrillero que por su integración poblacional y su memoria revolucionaria tenía mayores similitudes con Cuba era El Salvador. Todos los demás resultaban bastante diferentes. No en balde, el desarrollo de la guerra en ese pequeño país así lo corroboró, pues, de hecho, el FMLN nunca fue derrotado.

Por otra parte, en muchos casos el papel del apropiado conocimiento de las correspondientes realidades particulares se vio desbordado por determinadas concepciones y prejuicios polémicos. Por ejemplo, la

insondable discusión entre el criterio —que prevaleció en las dirigencias comunistas tradicionales— de que la Revolución cubana era una experiencia irrepetible, o el de que ella aportaba un modelo inmediatamente generalizable a los demás países latinoamericanos, enarbolado por una izquierda radicalizada, engrosada, poco después, por la adhesión de quienes secundaron las tesis maoístas, que reivindicaron para el Tercer mundo la vía campesina, y la guerra popular prolongada, del campo a la ciudad.

Aquí se superponen cosas distintas y hasta incompatibles. Por un lado, qué es lo que se cree posible hacer ante determinada realidad, con los recursos disponibles (sobre todo considerando que esa es una realidad *social*, esto es, dotada de componentes culturales que se figuran sus propias expectativas). Por otro, cómo las organizaciones y tendencias políticas que rivalizan entre sí, generan argumentaciones y buscan aliados —tanto en el país como en el exterior— no solo para actuar, sino para prevalecer unas sobre las otras, a veces incluso por medios violentos. Y, también, cómo los aliados, las necesidades y las controversias de ultramar influyen sobre el curso del debate y, en particular, sobre la toma e instrumentación de decisiones locales.

Al menos en lo que toca a América Latina, la dirigencia soviética generalmente desaprobó la idea de animar la organización de guerrillas. En su óptica, eso introducía elementos de disturbio en el equilibrio del sistema mundial, que constituía su prioridad global. Así pues, se argumentó contra esa opción, aunque alegando otros motivos. A su vez, en su propia etapa, la dirigencia cubana —como a su turno la de la China maoísta— vieron en esa alternativa la posibilidad de desgastar al imperialismo fomentándole «muchos Viet Nam» en diversas latitudes. Como también hubo quien vio la promoción de insurrecciones y guerrillas como una forma de defender al país sede de la Revolución, desplazando la zona de conflicto hacia países más remotos.

Es decir, la toma de decisiones no siempre se fundamentó en las efectivas posibilidades y expectativas locales y endógenas, sino que se vio afectada por las concepciones globales o el interés estratégico de otros grandes actores, a veces distantes. Por lo tanto, no siempre según la experiencia cubana, sino incluso a contrapelo de sus enseñanzas. Al asumirse la teoría pro guerrillera y su extrapolación foquista como tesis de validez general, su aplicación naturalmente tuvo efectos distintos en las diferentes realidades nacionales. En Colombia, por ejemplo, las condiciones estaban dadas desde antes de la Revolución cubana. En Nicaragua se logró derrotar a la dictadura e iniciar una transformación del país, aunque sin lograr la necesaria autosostenibilidad y permanencia de la Revolución. En El Salvador, pese a la excesiva ideologización y la falta de consenso entre los grupos

insurgentes, el terreno fue propicio e incluso constituyó una reanudación del movimiento revolucionario de 1932, y solo un enorme esfuerzo norteamericano impidió su victoria.

Sin embargo, en Bolivia como en Perú o Venezuela, o el norte argentino las mejores intenciones y hombres no bastaron para cambiar el estado de cosas existente, o mejor dicho, no para cambiarlas por esos medios. En el terreno práctico, ello demostró que los parecidos generales más ostensibles —como ser igualmente países subdesarrollados, con altas tasas de problemas sociales y explotación, con cierto historial de rebeldías, etc.— entre pueblos de diversa formación histórico-cultural, realidades geográficas y demográficas diferentes, así como distintas experiencias, liderazgos y expectativas, al cabo pueden dar lugar a comportamientos políticos poco similares. En otras palabras, realizar los mismos objetivos en ámbitos disímiles requiere seleccionar métodos diferentes.

Por eso merece considerarse por separado la insurrección dominicana de 1965, uno de los acontecimientos más dramáticos de su época, y que se desarrolló por otros medios. Bajo el liderazgo del coronel Francisco Caamaño, parte del ejército y la mayoría de la población se rebelaron contra el régimen golpista que había depuesto al gobierno constitucional de Juan Bosch —el primer gobierno verdaderamente democrático en la historia de República Dominicana. Pese a la naturaleza esencialmente constitucionalista de la victoria popular, esta sufrió el contragolpe de una cruenta invasión militar estadounidense que impidió reinstalar a Bosch y expatrió a Caamaño. Esto introdujo la sórdida sucesión de reelecciones de Joaquín Balaguer —ex ministro del tirano Rafael L. Trujillo—, bajo cuyo largo mandato numerosos dirigentes populares fueron eliminados, decepcionados o corrompidos.

Con el pretexto de «proteger» a los residentes norteamericanos, la invasión impidió que un movimiento ciudadano, al cual el gobierno norteamericano consideró potencialmente sospechoso de simpatizar con la revolución cubana, accediera a gobernar. Así, en el contexto de la Guerra fría, Washington dejó feroz constancia de que no permitiría una alternativa de tales características en otro país del área, aun al costo de actuar contra un gobierno legítimo y democráticamente mayoritario. Y con esto, al país intervenido se le cercenó la mejor oportunidad de modernizarse, reconfirmándolo como una isla neocolonial y subdesarrollada.³

Aun así, en lo que toca a las guerrillas latinoamericanas de aquellos años, todavía faltan las fuentes y la distancia histórica suficientes para ahondar en el tema y sus consecuencias teóricas. Sin embargo, hay bastantes evidencias para volver sobre una observación recurrente en estas páginas. La de que las teorías generales son

necesarias —pese a que las tutelas globales ejercidas a su nombre sean indeseables—, pero que no bastan para tomar decisiones nacionales, con inapropiado conocimiento de las particularidades históricas, estructurales y socioculturales de los respectivos pueblos y de sus disímiles posibilidades y expectativas políticas.

Cambios de método: el reformismo militar

Al final de los años 60 e inicios de los 70, en América Latina se avizoró la posibilidad de lograr cambios estructurales por la vía nacional-revolucionaria, o por medio de una transición democrática y gradual orientada al socialismo. Esas novedades le restaron protagonismo a la estrategia de la guerra de guerrillas —progresivamente desgastada por la falta de éxitos palpables— y volvió a colocar otras opciones en primer plano.

Es significativo que los regímenes nacional-revolucionarios encabezados por las fuerzas armadas surgieron precisamente en países donde antes hubo brotes guerrilleros y crecientes inquietudes sociales. En particular, el Perú de Juan Velasco Alvarado, el breve gobierno de Juan José Torres en Bolivia y el más duradero de Omar Torrijos en Panamá. Esos gobiernos, al hacerse presentes a la par de la experiencia civil de Salvador Allende, abrieron otras tantas discusiones y nuevos parteaguas entre las izquierdas.

El nacionalismo revolucionario militar adoptó políticas que recuerdan el programa de sus antiguos precedentes mexicano y aprista. Sin embargo, a diferencia suya, lo hizo a partir de la premisa de que para resolver las causas sociales que dieron lugar a las guerrillas y al apoyo popular a estas, se requerían reformas estructurales en el ámbito socioeconómico. La joven oficialidad militar asumió que, para cumplir esta misión, era necesario sacar del poder a los tradicionales partidos oligárquicos y a sus mentores, que se valían de los instrumentos del Estado para perpetuar la vieja situación. Ello eliminaría la conflictividad social subsanando sus causas, lo cual venía a constituir una contrapropuesta a la doctrina de seguridad nacional, entonces en boga, proporcionándole base popular y un contenido social progresista en el marco de un programa de economía mixta, independencia diplomática y atención a las principales reivindicaciones sociales.

El esquema era factible en países donde la oficialidad del mayor componente de las fuerzas armadas —el ejército— provenía de la clase media baja y las capas populares, en las cuales conservaba raíces y afinidades; pero no donde la oficialidad provenía de la clase alta o había sido asimilada por ella. El origen popular no solo

proveía una óptica antioligárquica y nacionalista a esos mandos reformistas, sino también la posibilidad de concitarles apoyo social.

Una vez más, el programa aplicado fue básicamente el de las estrategias desarrollistas diseñadas por la CEPAL. Luego de echar a los políticos tradicionales de las posiciones de poder gubernamental, se nacionalizaron los medios de producción fundamentales y el sector productivo estratégico pasó al control del Estado. Se creó un área mixta y un área social de la economía, se acometió la reforma agraria, se incrementaron las inversiones en infraestructura para el desarrollo, y se practicó una política exterior más independiente y propensa al no-alineamiento.⁴

Una franja de las izquierdas, que en esta oportunidad sí incluyó a los respectivos partidos comunistas, apoyó a esos regímenes que, asimismo, cooptaron a no pocos intelectuales progresistas.⁵ No obstante, las decisiones políticas fundamentales permanecieron en manos de autoridades militares, menos aptas que lo necesario, proclives a las soluciones de facto y, con frecuencia, moralmente más vulnerables. Esto alimentaría dos polos de resistencia civil: uno oligárquico, que reclamaba el retorno de la institucionalidad democrática tradicional (abierta o encubiertamente apoyado por los intereses estadounidenses y los grandes medios de comunicación privados). Otro, representativo de la izquierda más radical, que coincidía con el primero en denunciar la naturaleza autoritaria del régimen, a la vez que le atribuía un carácter presuntamente contrarrevolucionario y pro imperialista, aunque generalmente sin oponerle alternativas más factibles ni atrayentes que las de una quimérica insurrección revolucionaria que, en la práctica, no se concretaba.

Al cabo, en Bolivia, en poco tiempo el gobierno del general Juan José Torres fue derribado por sus colegas de derecha. En Ecuador, un intento similar se degradó en una vulgar dictadura. El proceso peruano, más radical, duradero y completo, luego de la enfermedad de Juan Velasco Alvarado resultó finalmente revertido a través de un relevo de mandos basado en el orden de sucesión prescrito por el escalafón militar, en beneficio de oficiales más conservadores, que enseguida distanciaron a los colaboradores civiles de izquierda y devolvieron la autoridad política a los partidos de derecha. Esto daría paso a un par de decepcionantes gobiernos civiles que así antecedieron la funesta emersión del terrorismo de Sendero Luminoso.

En Panamá, enseguida de introducir un conjunto de reformas de amplio interés social, se desarrolló una creativa estrategia diplomática que culminó en la firma de los nuevos tratados del Canal. Acto seguido, Omar Torrijos previó que era oportuno iniciar lo que él llamó «el repliegue»: crear un partido popular del proceso nacional-revolucionario, reabrir el juego democrático

pluralista y continuar el proyecto reformador por medios políticos civiles a través de la capacidad de movilización social y la fuerza electoral de ese partido. Sin embargo, Torrijos falleció en un sospechoso accidente aéreo sin haber completado este propósito, y sus sucesores militares fueron renuentes a entregar al partido las funciones políticas que retenían. Esto, al cabo, sería uno de los factores de la degradación del proceso y la precipitación de la crisis que finalmente culminó en la brutal e innecesaria invasión estadounidense de la Navidad de 1989, y la consiguiente reposición de la política oligárquica en el gobierno del país.

En resumen, Bolivia, Perú y Panamá alcanzaron importantes transformaciones que, según el caso, fueron desde la nacionalización de la minería hasta la reforma agraria, y de la creación de un fuerte sector estatal de la economía a la eliminación del monopolio oligárquico de la vida política. Sin embargo, por su propia naturaleza, el reformismo militar fue un movimiento autolimitado, pues al excluir la participación de nuevos protagonistas políticos careció de capacidad para generar un partido y un sistema político, cuyo arraigo civil lo hiciera autosostenible, esto es, apto para garantizar la preservación y la continuidad de sus logros. Así, luego, muchos de sus resultados se degradaron, revirtiendo a la situación anterior. Aunque la promoción social mejoró gracias a las nuevas fuentes y protagonistas del desarrollo, a la postre la economía y la política volvieron a privatizarse, con lo cual el empobrecimiento y la marginación se dispararon otra vez.

En América Latina, donde ya existía una veterana cultura política de rechazo al autoritarismo militar, este final respaldó la convicción de que la lucha por las transformaciones y el progreso sociales no justifica depender de esa alternativa como el instrumento capaz de impulsarlos. Pasada esa experiencia, incluso las personalidades de izquierda que habían apoyado el reformismo militar, lo consideraron una oportunidad excepcional y concluida, optando definitivamente por las alternativas políticas civiles.

Hermoso sueño, duros desenlaces

Paralelamente, Chile vivió la esperanzadora y finalmente trágica tentativa de la Unidad Popular. Una coalición de las izquierdas que incluyó a los socialistas, los comunistas, una parte del Partido Radical, y la izquierda cristiana, logró la elección presidencial de Salvador Allende. Se instaló un gobierno constitucional de inspiración socialista y democrática que, desde los primeros días, fue obstruido y hostilizado por la derecha económica y política, que retuvo e instrumentó el control del Congreso y de la Corte Suprema de Justicia.

Por un lado, el gobierno de Washington reaccionó en los términos de la Guerra fría, y no de conformidad con las preferencias democráticas y constitucionales del pueblo chileno. La economía del país fue permanentemente hostilizada por los intereses norteamericanos, y varias agencias de Washington actuaron como articuladoras de la escalada conspirativa de las derechas. Por otro lado, los prejuicios anticomunistas, arraigados en la mayor parte de la Democracia Cristiana, cerraron la posibilidad de concertar con ella un espacio o proyecto común. Con esto, la derecha más conservadora obtuvo amplia libertad para orquestrar una ofensiva desestabilizadora que en poco más de un año corroyó y a la postre desmintió la alegada institucionalidad constitucional del ejército chileno.

Durante el gobierno de Allende, se llevó a cabo la nacionalización del cobre, la reforma agraria y un importante conjunto de reivindicaciones sociales. No obstante, mientras las medidas populares incrementaron con rapidez el poder adquisitivo de la población, la economía fue estrangulada por el boicot empresarial, la agitación política reaccionaria y provocadora, la hostilidad norteamericana y la desinformación periodística, agudizándose la crispación social, así como la escasez, inflación y recesión. El consenso entre los dirigentes de la Unidad Popular sobre la ruta a seguir —moderar o radicalizar el proceso, apelar a los métodos tradicionales del poder revolucionario o innovar— se hizo cada vez más difícil y, finalmente, el gobierno popular fue violentamente remplazado por una larga y opresiva tiranía militar, que desgarró el tejido de la sociedad y la cultura política del país.

Esa experiencia chilena —en una nación dotada de experimentada cultura de concertación política— frustró las esperanzas latinoamericanas de contar con una vía electoral y pacífica de acceso de las izquierdas al gobierno y de transición gradual a un socialismo democrático. Dejó en el desconcierto y la orfandad programática a quienes la habían propuesto, y pareció avalar el discurso de sus críticos más radicales —los sustentadores doctrinarios de la violencia revolucionaria y la dictadura del proletariado—, sin que estos a su vez pudieran ofrecer otra opción más convincente y factible para ese país, ni para la región sudamericana.

Cabe pensar que, en las circunstancias de la Guerra fría y la incertidumbre de las izquierdas chilenas entre la hipótesis de la vía democrática y las certezas del modelo cubano —frente a una derecha alarmada, pero arrogante y fuertemente respaldada—, el gobierno de Allende hizo más de lo que en aquellas condiciones se podía hacer. Aquella experiencia mediatizó tanto los alcances del liderazgo y la cultura política del país que, más de treinta años después, los gobiernos de la Concertación permanecen sin completar la reconstrucción de la

democracia, conformándose con hacer menos de lo que se puede realizar.

Durante el resto de los años 70 y en los 80, el principal escenario de las izquierdas estuvo en Centroamérica, donde, al cabo, los sandinistas perdieron el poder por la vía electoral, el FMLN salvadoreño negoció la paz y se convirtió en un gran partido político, y las guerrillas guatemaltecas se desmovilizaron a cambio de unos acuerdos que han quedado inquietantemente lejos de cumplirse.

En el Sur, primaron los esfuerzos por recuperar la democracia liberal en Argentina, Brasil y Uruguay, que padecieron férreas dictaduras militares de seguridad nacional —unas tiranías más corporativas que personales—, que una y otra vez afrontaron distintas modalidades de resistencia popular, articuladas por organizaciones de izquierda que, por ello, pagaron enormes sacrificios humanos.

Lamentablemente, en el caso argentino la recuperación democrática degeneró en la corrupción menemista del peronismo, facilitada por una repetida insuficiencia de los intentos por aglutinar una alianza estable de las izquierdas, ya de por sí muy diezmadas por la dictadura. En los otros dos países, sin embargo, los esfuerzos democratizadores se enriquecieron con la gradual estructuración de un nuevo tipo de grandes partidos o coaliciones de izquierda —el Partido de los Trabajadores (PT) y el Frente Amplio— los que, en interacción con sus nuevas realidades nacionales, ahora ponen a prueba alternativas políticas originales, capaces de aglutinar multitudes en un multicolor abanico de corrientes progresistas.⁶

La renovación sandinista

Durante el resto del período y en los años 80, el escenario más descollante de las izquierdas latinoamericanas estuvo en América Central. Sin embargo, a la postre los sandinistas perdieron el poder por vía electoral y la mayor parte de su obra revolucionaria fue desmantelada; el FMLN salvadoreño negoció la terminación de la lucha armada y se convirtió en un importante partido político que, aun sin desplazar del poder a la derecha, hizo posible tener un país mejor que el anterior a la guerra. La URNG guatemalteca suscribió unos acuerdos de paz que comprometían al gobierno a realizar reformas socioeconómicas, políticas y humanitarias que los sucesivos gobernantes han mantenido sin cumplir, mientras que, en las circunstancias de esa tensa paz, esa organización se ha fraccionado.

La Revolución sandinista fue la más relevante expresión de las izquierdas latinoamericanas después de

la Revolución cubana. Tras varios lustros de perseverantes esfuerzos constructivos bajo la dictadura somocista, el sandinismo tomó cuerpo en distintas concepciones de la lucha armada. A tenor de las disyuntivas discutidas en aquel entonces, así como de diferentes liderazgos, concurren tendencias como la insurreccional, más policlasista y urbana; la proletaria, que evocaba una definición clasista; y la de la guerra popular prolongada, de impronta más campesina. Al final de cuentas, solo tuvieron éxito al converger, juntas, en una ofensiva común.

En ese momento, la insurrección antisomocista contó, además, con respaldos internacionales asimismo distintos, pero confluyentes: desde las prioridades liberales y humanitarias del presidente James Carter, a la visión reformadora y nacionalista del general Torrijos, y de la óptica socialdemócrata venezolana, reivindicadora de la democracia formal, a la visión revolucionaria y la solidaridad de los cubanos.

Síntesis de distintas corrientes e influencias, el sandinismo intentó un proyecto original basado en el pluralismo político, la economía mixta, la militancia no-alineada en el plano internacional, y una amplísima participación popular que incluyó a millares de creyentes socialmente comprometidos.

Su revolución no solo eliminó una dinastía dictatorial y la fuerza militar que la sostenía, sino que quebró un sistema de presión política que gravitaba sobre los demás países del área. A la vez, ofreció a los pueblos centroamericanos una esperanza fresca y tangible, que en Nicaragua renovó la cultura política y les dio vigencia a los derechos ciudadanos, desarrolló exitosos programas de alfabetización y enseñanza general, promovió la justicia e impulsó la reforma y modernización agraria, creó empresas productivas mixtas, estatales y cooperativas, y atendió las urgencias sociales articulando las iniciativas gubernamentales con la organización y participación comunitarias.

Se impulsó la modernización de un país que había padecido brutales decenios de oscurantismo. Sin embargo, el entusiasmo y el voluntarismo revolucionarios pronto transgredieron los márgenes tolerables para la contraofensiva reaganista de los años 80, que ya estaba en curso. Más por sus ostentaciones retóricas que por la radicalidad de las transformaciones materiales realizadas, la Revolución exacerbó a una derecha republicana que en Washington ya estaba embalada en la carrera ideológica, militar y tecnológica, dirigida a derrotar la economía y la influencia soviética, y que, por lo mismo, no podía admitir un destellante desafío dentro de lo que consideraba su patio trasero.

La fantástica versión de que Nicaragua pudiera volverse una cabeza de playa cubana o soviética en Centroamérica dio pretexto para orquestar un embargo internacional y una vasta agresión contrarrevolucionaria,

que en los siguientes años le costó al pueblo nicaragüense más de 30 000 vidas humanas y 17 000 millones de dólares en pérdidas materiales. El largo peso de varios frentes de guerra privó de recursos económicos y cuadros dirigentes al proyecto sandinista, lo puso a la defensiva y agotó la resistencia social y moral de gran parte de la población.

Al propio tiempo, generó circunstancias en las que afloraron determinadas deformaciones del proceso revolucionario: el centralismo excesivo, el autoritarismo personal, la permisividad y la corrupción — particularmente la relativa al modo de instrumentar el régimen de propiedad. Sin que esta última hubiera alcanzado los extremos conocidos en otros países ni la que la misma Nicaragua ha visto antes y después, en momentos difíciles hirió la sensibilidad popular y mermó la capacidad del núcleo dirigente para evitar y corregir errores. Ello minó al proceso desde dentro al corroer la confianza ciudadana en el liderazgo moral de los revolucionarios, y limitar la aptitud de su partido para darle renovación y continuidad a su gobierno.

Un cuarto de siglo después de que los revolucionarios entraron en Managua, al cabo de tres derrotas electorales del sandinismo y tres consecutivos gobiernos restauradores de la democracia liberal tradicional — todos dóciles a la hegemonía neoliberal —, Nicaragua ha vuelto a ser uno de los países socialmente más empobrecidos y desiguales del continente americano. Dramático ejemplo, luego de que la Revolución había reducido el analfabetismo de 53 a 12%, hoy cerca de 40% de los niños en edad escolar ha dejado de asistir a clases.

El sandinismo, aunque política y parlamentariamente fuerte, lejos de «gobernar desde la calle», en el sentido gramsciano, dejó de organizar las condiciones necesarias para movilizar una resistencia colectiva capaz de impedir esa regresión.⁷ Su estructura partidista se encasilló en los rejugos políticos del toma y daca de concesiones y espacios burocráticos, al costo de perder identidad ideológica sin ganar votantes. La preservación de intereses ha congelado oportunidades de reactualizar objetivos y oferta programática, lo que le dificulta resurgir como un partido *diferente* de los demás actores del sistema. Por lo mismo, en tiempos que reclaman relevos generacionales, es preciso incorporar nuevos liderazgos alternativos, más que preservar la dirigencia tradicional.

Entre tanto, la situación socioeconómica sigue deteriorándose en un país donde aún subyace una cultura política de fuerte sentido crítico, así como experiencias de liderazgo que la Revolución, en su tiempo, forjó. Las crecientes protestas y movilizaciones sociales revelan una inconformidad popular que desborda los arreglos y contemporalizaciones ahora

reinantes y busca otros canales de organización. Ello manifiesta la necesidad de reconstruir el diálogo y las interconexiones del partido con las diversas expresiones del movimiento popular, para renovar las propuestas, métodos y estilos de la izquierda nicaragüense.

La vertiente cristiana

Desde el siglo XIX, las grandes causas sociales latinoamericanas contaron con la participación de activistas con militancia católica. Más particularmente, en los años que siguieron a la ola de simpatías despertada por las revoluciones cubana y nicaragüense, y a sus repercusiones en las ciencias sociales latinoamericanas, esto se expresó a través de los postulados humanistas y la práctica social de la Teología de la Liberación. Las nuevas aportaciones que las izquierdas independientes y el marxismo académico pusieron en circulación — como la teoría de la dependencia — calaron entre muchos religiosos y laicos, preocupados por la dramática situación de los desposeídos latinoamericanos.

Como secuela del renovador Concilio Vaticano II y en contraste con el papel generalmente reaccionario de la mayoría de las autoridades eclesiásticas, en 1968 se celebró en la ciudad colombiana de Medellín la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, cuyos pronunciamientos dieron mayor autoridad y vuelo a esa tendencia. Luego, la vertiente progresista de la iglesia continuó promoviendo múltiples encuentros y una sustanciosa producción doctrinal, que tuvo su siguiente hito en la Conferencia de Puebla, México, en 1976, dándole continuidad a un proceso que seguiría desarrollándose, pese a la resistencia de las autoridades y sectores eclesiásticos más conservadores.

Este movimiento se ha expandido por la mayor parte de América Latina en escasa interacción con los partidos de las izquierdas previamente establecidas, y en la Revolución sandinista tuvo algunas de sus expresiones más notorias. Como proyecto solidario cuya característica es de naturaleza más social y moral que política, esa teología privilegia el trabajo en las comunidades de población pobre y marginada, combinando la labor evangelizadora con la de organización comunitaria orientada a que los pobres puedan hacerse cargo de mejorar sus condiciones de vida, por sí mismos, de forma continua y con independencia de las autoridades tradicionales y los partidos políticos.

Desde la Declaración de Medellín, dicha teología proclamó que el episcopado latinoamericano no puede ser indiferente a las injusticias sociales, ni sordo al clamor de millones de personas que esperan de sus pastores

«una liberación que no les llega de ninguna [otra] parte». Como lo indica esa Declaración, dicha pobreza no es casual, sino un efecto de las estructuras económicas, sociales y políticas características «del sistema que padecemos». Allí, los obispos socialmente comprometidos advierten que la brecha que sigue creciendo entre ricos y pobres contradice el plan del Creador y constituye un pecado social. Ellos deducen un compromiso con los pobres conforme al cual amar a Dios exige reclamar justicia para los oprimidos y procurar la liberación de quienes más la necesitan. Esto conlleva una dimensión política de la misión apostólica que, al modo de la caridad de Jesús, es subversiva frente a ese orden social y ante la injusticia institucionalizada.

Esa definición ha propiciado un fecundo diálogo de los teóricos de la Teología de la Liberación y el marxismo académico, particularmente en los ámbitos del humanismo y de la teoría de la dependencia. Aun así, los planteamientos de esa izquierda cristiana, que constituyen una respuesta esencialmente ética, ofrecen acertados análisis y denuncias de la realidad existente, pero las más de las veces se quedan cortos en la tarea de construir una propuesta política y económica alternativa, y son proclives a repetir estrabillos retóricos de la izquierda más radical, de escasa eficacia práctica para impulsar mayores progresos sociales.

No obstante, reuniendo propósitos, sensibilidades y experiencias, esta limitación es superable. Porque ese proceso de renovación teológica con sentido social y de organización comunitaria de las poblaciones afectadas permite recrear oportunidades de diálogo y cooperación entre las izquierdas laicas y la iglesia comprometida con redimir a los pobres aquí en la tierra. En no pocos lugares, ello ha permitido pasar del aislamiento de una izquierda rígida, radicalizada o sectaria a otra de fértil implantación en la vida comunitaria.

Sin embargo, estas son oportunidades que las izquierdas clásicas generalmente han desaprovechado. Entre ambas partes, aún perdura la huella de antiguas desconfianzas, que se remontan a la iglesia cómplice de concepciones y gobiernos reaccionarios, así como al anticlericalismo liberal y al ateísmo de la III Internacional. Pero donde cristaliza un reencuentro con sentido social progresista, los resultados son más que promisorios, como lo demostró la experiencia del PT brasileño.

Cada progreso incuba nuevas demandas

Ya en el curso del proceso globalizador, el período final del siglo xx fue marcado por el torbellino de la *perestroika* y el colapso de la Unión Soviética, que

contrastaron con la exitosa reconversión de la política económica de la República Popular China y el correspondiente remplazo de la política internacional que el maoísmo había instaurado antes. En ambos casos —y por causas muy diferentes—, dos potencias que habían ejercido importante influencia externa sobre significativas porciones de la izquierda latinoamericana, de pronto dejaron de hacerse sentir como antes lo hicieron.

Los grupos que dependían de una u otra de esas fuentes de orientación o paradigmas quedaron en el vacío. El cambio de la estrategia china y, asimismo, la debacle soviética igualmente afectaron a las demás corrientes de la izquierda, que también resintieron la desaparición de aquellos referentes, pues buena parte de la organización de su discurso político y programático descansaba en su contraposición crítica al llamado «socialismo real».

Sin duda, entre otras cosas, el sistema soviético desconoció la tesis que Carlos Marx dejó resumida en su célebre cuarto párrafo del Prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política*. Por efecto de la rigidez estalinista y de la frustración del deshielo propuesto por el XX y el XXII Congresos del PCUS, las prioridades del control político-burocrático y la perpetuación del régimen resultante de la dictadura del proletariado prevalecieron sobre las de la revolución científica y tecnológica. En creciente grado esto mermó la eficiencia, competitividad y sostenibilidad del sistema soviético y, al cabo, las relaciones de producción creadas en la URSS dejaron de ser «formas de desarrollo de las fuerzas productivas», y se tornaron en trabas a ese desarrollo, una contradicción que, al dejarse de resolver, finalmente estremeció toda la «inmensa superestructura» erigida sobre ella.⁸

Lo acontecido contrasta con la estrategia de desarrollo adoptada en China y Viet Nam, donde, a partir de las llamadas *reformas*, las iniciativas destinadas a garantizar el desarrollo competitivo de las fuerzas productivas pasaron a primar sobre la conservación del formato —soviético o maoísta— de las relaciones de producción previamente instauradas por las respectivas revoluciones. A nadie se ocultan los riesgos que este experimento involucra, a través de la tensión que establece entre los principios y objetivos socialistas y las exigencias de la economía de mercado. Sin embargo, cualesquiera que, al final, lleguen a ser sus resultados, estos tendrán gran impacto sobre el patrimonio colectivo de la cultura de las izquierdas del mundo.⁹

Por otra parte, a contrapelo de los dogmas prestablecidos, lo que sucedió en la Rusia soviética y su enorme periferia demostró, por si faltara, que ninguna revolución es irreversible, y que el régimen revolucionario

Nada tiene por qué ser fácil para las izquierdas porque, en esencia, mientras el papel de las derechas es reproducir el pasado, el de las izquierdas es producir el futuro.

puede, incluso, morir sin haber perdido el gobierno —como los árboles que también mueren de pie—, si se degradan las motivaciones humanas indispensables para realimentar la revolución y renovarles soluciones de readaptación, reproducción, cambio y continuidad a sus bases y expectativas socioculturales, económicas y políticas.

De esa reversibilidad se desprenden varias observaciones. Una de ellas es que, al completar cada realización o etapa del acontecer práctico o de la historia, la realidad queda modificada y comienzan a abrirse, a su vez, nuevos abanicos de demandas, alternativas y oportunidades. En consecuencia, en sus respectivas circunstancias y conforme a sus propios niveles de conciencia, son las personas y los pueblos involucrados quienes disciernen entre el inmovilismo o las nuevas opciones, y quienes deciden cursar una u otra de las distintas alternativas, eligiendo según sus propias creencias, expectativas y posibilidades.

Además, que ninguno de esos caminos alternos está históricamente determinado de antemano, y que solo la conciencia, iniciativa y voluntad de esas personas y pueblos les dan, y renuevan, el sentido a dichos cambios sociales y a sus objetivos. Solo esas personas y pueblos —y no alguna supuesta ley rectora del devenir histórico— podrán aportarles y renovarles autosostenibilidad, mantenimiento y rectificación de rumbo a esos logros, impedir que perezcan, y plantearse otros nuevos. Pero solo lo harán mientras aún crean que ellos son moral y materialmente preferibles a sus eventuales alternativas; lo cual, en gran parte, dependerá de sus respectivos liderazgos y proyectos políticos e ideológicos.

Finalmente, que los propios cambios y revoluciones sociales, al realizarse, modifican a las personas y los pueblos que los moldearon, así como a las circunstancias nacionales y las condiciones externas en que los acontecimientos han tenido lugar. Si el programa se ha cumplido, la realidad que lo pedía y justificaba ha dejado de ser la que era, iniciando otra realidad. Lo que, en el siguiente período, dará pie al reclamo ciudadano de rehacer objetivos, programa y estilo de trabajo para emprender una nueva generación de cambios adicionales.

En consecuencia, dado que ninguna revolución es el final de la Historia, los cambios que cada una produzca, y los gobiernos que los implantan y administran, nunca llegan a disponer de un capital definitivo, conquistado de una vez y para siempre. Nadie se corona de una vez

por todas. En su lugar, cada día, en cada coyuntura, los protagonistas deben volver a la calle a ganarse, de nueva cuenta, la legitimidad y la autosubsistencia, la renovación y la continuidad que por sus nuevos resultados merezcan, en consonancia con el desarrollo de las demandas y expectativas de los pueblos que los sustentan, y del movimiento de las circunstancias en que eso tiene lugar.

El objetivo o los métodos

¿Acaso tras la debacle soviética desaparecieron las razones para plantearse objetivos de izquierda? En realidad, si comparamos los actuales indicadores latinoamericanos de pobreza y miseria, de desempleo e informalización, de explotación y abuso, de marginación y desamparo, de desnutrición e insalubridad, con aquellos que se padecían al concluir la Segunda guerra mundial, o en los inicios de la Revolución cubana; en época de las guerrillas o durante el gobierno de Salvador Allende; en tiempos del reformismo militar o de los procesos de democratización, inmediatamente salta a la vista que la situación de los pueblos de este rico continente ha continuado empeorándose, sin misericordia. Y que esto se ha agravado, sobre todo, en los últimos veinte años, a lo largo de unas democratizaciones subordinadas al interminable servicio de la deuda externa y a los ajustes, flexibilizaciones y privatizaciones neoliberales.

Todas las estadísticas corroboran que ese estado de cosas empeora o, más exactamente, que la condición humana de millones y millones de latinoamericanos sigue degradándose, con creciente intensidad. Así pues, aunque es cierto que al otro lado del mundo el modelo soviético dejó de ser exitoso, la realidad tangible de América Latina es que, desde el punto de vista humanitario, el reinado del modelo neoliberal ha arrojado resultados aún peores, al fracasar en el plano de preservar la calidad de vida de la gente —de los pueblos globalizados—, y provocar una inexcusable catástrofe social.

No obstante, este «fracaso» neoliberal se refiere exclusivamente al deterioro causado a la vida socioeconómica y moral de los pueblos latinoamericanos. Porque, en lo que toca a los intereses de las empresas transnacionales y las potencias capitalistas —de los globalizadores—, las prácticas neoliberales siguen teniendo un éxito feroz, por su lucrativa capacidad para ampliar la apropiación de la planta productiva

latinoamericana por las transnacionales, de incrementar la extracción de los recursos de nuestros países hacia las naciones más prósperas, y de generar mayores concentraciones de capital especulativo y expoliador.

Pero, sobre la estela de este pecado social, un fantasma ya salió a recorrer América: el de la ingobernabilidad. La defenestración de sucesivos presidentes ecuatorianos, la precipitada desaparición de varios gobiernos argentinos, los crecientes movimientos indígenas de la región andina y la arrasadora insubordinación popular boliviana y el insólito régimen popular venezolano, dan fe de que ese fracaso neoliberal acelera el agotamiento de los sistemas políticos en que había venido asentándose la democracia liberal tradicional, y dan lugar a situaciones de ingobernabilidad y de posible caos e inviabilidad económica.¹⁰

Si bien los movimientos sociales que esa crisis socioeconómica y política está precipitando muestran creciente capacidad para deslegitimar mandatarios y desintegrar sistemas de gobierno, asimismo pueden desembocar en duraderas incapacidades para remplazarlos por opciones democráticas y populares más viables y eficaces. Esos movimientos sociales necesitan contar con organizaciones políticas apropiadas y popularmente aceptables que les proporcionen una orientación estratégica adecuada a las nuevas circunstancias, ya que sin esta pueden abrirles la caja de Pandora al caos y a la reacción, en vez de ofrecerles una opción revolucionaria o una nueva etapa del desarrollo a sus respectivos países.

La presente situación impone colocar en primer plano las responsabilidades sociales de la economía. En el orden social, la economía no es un fin en sí mismo, sino un conjunto de actividades indispensables para resolver los requerimientos del desarrollo humano incluyente y sostenible. Ninguna corriente económica que deje de resolverlos puede considerarse históricamente exitosa, por mucho que incremente las ganancias de las transnacionales. O lo que es lo mismo, la experiencia de veinte años de reformas neoliberales ha ocasionado un insostenible deterioro social, como también un inexcusable estancamiento económico de nuestros países, cuyos recursos son crecientemente succionados.

Por consiguiente, es *ahora* cuando esos pueblos más necesitan partidos, proyectos y transformaciones revolucionarias capaces de demostrar que otro mundo es posible, en el marco de las nuevas realidades. Lejos de probar que los partidos deban o puedan ser remplazados por la espontaneidad de los movimientos sociales, las experiencias recientes —como las frustraciones que siguieron al éxito de las grandes movilizaciones rurales e indígenas en Ecuador y Bolivia— prueban lo contrario. Para que sus acciones

confluyan en lograr y defender objetivos definidos y factibles, esos movimientos requieren conducción política estructurada y previsible. Ofrecerla compete a partidos organizativa y conceptualmente adecuados a ese propósito, es decir, a partidos reacondicionados para hacerlo.

Sin embargo, para demostrar que ese otro mundo es factible, ¿qué transformaciones son estas y cómo deberán emprenderse, a través de qué instrumentos y acciones? Por cerca de un siglo, las izquierdas latinoamericanas discutieron principalmente acerca de las formas o *el método* para realizar el cambio revolucionario. No obstante, ante las demandas y circunstancias de la actual situación, lo que resulta indispensable discutir son sus *objetivos*, sus propósitos para cada etapa y coyuntura, y su finalidad histórica.

Más de un siglo de trayectoria de las izquierdas latinoamericanas no puede seguir resumiéndose en otros tantos relatos y explicaciones sobre ensayos y errores, donde, a nombre del modelo y el método, se debaten, prueban y descartan diferentes derroteros, sin que la utopía logre cumplirse. Sin embargo, para contestarnos qué hacer y cómo hacerlo, es preciso discutir adónde es deseable y factible llegar —qué es lo que se quiere conseguir— en nuestros propios tiempos y condiciones.

Por decenios, el debate acerca de los métodos prevaleció sobre la cuestión de los objetivos, simplemente porque se daba por sentada la validez universal de uno u otro modelo, que resplandecía más allá del horizonte. Así como a inicios del siglo xx América Latina recibió ideas socialistas que tomaron tiempo en aclimatarse, igualmente recibió ejemplos de cómo otros pueblos habían logrado liberarse de la opresión y la pobreza. Tales ejemplos vendrían a trastocarse en modelos o patrones que presuntamente bastaría reproducir. Y al asumirlos como finalidades por alcanzar, la discusión pasaba a centrarse en los métodos, para reditarlos en este lado del mundo. Si el *qué hacer* ya estaba aclarado, bastaba discernir el *cómo hacerlo*.

En sus respectivos tiempos, tres modelos prevalecieron. En el primer cuarto del siglo xx, el pueblo mexicano peleó una revolución tumultuosa y sangrienta, con resultados y destinos inciertos, mientras que el pueblo ruso culminó otra que, enunciando un proyecto más definido, erigió un modelo que en Europa gozó de alta consideración. Eso suscitaba un conjunto de interrogantes: ¿Cómo alcanzar algo similar en América Latina? ¿Con qué proletariado o cuáles masas populares e indígenas hacerlo? ¿Tomando de una vez por todas el cielo por asalto, o cursando los azares de algún proceso intermedio? ¿Instalando una dictadura popular, o a través de determinada evolución democrática?¹¹ Y, en consecuencia, ¿qué tipo de partido,

de proyecto y conductas crear conforme a la opción escogida?

Del modelo mexicano derivó el credo aprista y, más tarde, el proyecto de desarrollo propuesto por la CEPAL. Del bolchevique resultó toda una generación de partidos comunistas; y de sus críticos de la izquierda contraria a la violencia revolucionaria y la dictadura del proletariado, salió una de partidos socialistas. Aquellos partidos dejarían extensa huella en la cultura política latinoamericana, a la que aportaron una cuantiosa formación de activistas y dirigentes. No pocos de ellos, tras esperar por una revolución que no llegaba a cuajar, impulsaron otras opciones organizativas y políticas que permitieran alcanzar resultados parciales, pero tangibles a plazos más inmediatos.

Más tarde, en Asia —veinte años después de que el Partido Comunista chino cambió de estrategia luego del aplastamiento de la insurrección obrera de Shanghai—, su pueblo finalmente emergió victorioso de una larga guerra nacional-liberadora y social-revolucionaria, gracias a la tenacidad de un ejército campesino. Ello implicó que, a falta del debido proletariado industrial, el objetivo podía conquistarse levantando las fuerzas rurales. Para la izquierda radical más insatisfecha con el paradigma soviético, la experiencia china pareció ajustarse mejor a la realidad y las posibilidades de esta parte del mundo. Al extremo de que hubo quienes no solo proclamaron su preferencia por el modelo asiático, sino alegaron similitudes entre las condiciones chinas y latinoamericanas.¹² Como en los tiempos de las escisiones trotskistas, del ala más radicalizada de los partidos comunistas partió una generación de cismáticos maoístas.

Finalmente, al iniciarse los años 60 resplandeció la victoria del pueblo cubano, cercana y cálida. En breve tiempo, problemas que por siglos habían agobiado a los latinoamericanos encontraron solución de modos no solo atrayentes, sino asequibles, y a costos notablemente menores que los pagados por los pueblos de Rusia y China. Así se emplazó un tercer modelo, de autóctona originalidad, surgido de la entraña de un pueblo hermano. Una vez más, establecido el *qué hacer*, tocaba ocuparse de resolver el *cómo* repetirlo en las demás latitudes regionales.

Dado que no pocos partidos comunistas demoraron en asimilar las imprevistas originalidades de la opción cubana —sobre todo sus posteriores implicaciones guevaristas—, todo un caudal de cuadros jóvenes y más impacientes abrió un camino distinto, originando otra generación de partidos o movimientos de la izquierda revolucionaria.

Pero ahora, treinta años después, ¿está formándose, de nueva cuenta, otra generación de organizaciones o partidos de las izquierdas latinoamericanas? De ser así,

¿deberán todas esquematizar un parecido modelo de organización y procedimientos?

Los modelos preestablecidos salen de escena

Páginas atrás evocamos la discusión acerca de si el caso cubano —o, mejor dicho, si cierta interpretación de la victoria fidelista— era o no generalizable a otros países. En los años 60, la Revolución cubana despertó inmensas simpatías continentales, que dieron vida al ideal de alcanzar transformaciones semejantes en otros países, aunque no necesariamente por la vía armada. Más tarde —tras la inmolación del Che en Bolivia, la frustración de las revoluciones del 68 y el aplastamiento de la Primavera de Praga, las implacables disyuntivas impuestas por la controversia chino-soviética y el revés del proyecto de la zafra azucarera de 1970—, las dificultades económicas obstruyeron el sueño cubano de lograr por medios propios un rápido desarrollo.

Férreamente bloqueada y amenazada por los Estados Unidos, y forzada, contra su voluntad a definir posición en la controversia chino-soviética,¹³ Cuba —como plaza sitiada— se vio compelida a vincularse en creciente grado al sistema económico encabezado por la URSS, lo que la llevó a asumir sus condiciones y criterios funcionales.¹⁴ A la postre, ello se extendió a las formas de encauzar el debate ideológico que fueron atemperándose al modelo soviético. Y aunque se mantuvo el reconocimiento latinoamericano a los notables logros sociales y culturales de la Revolución, así como al derecho de Cuba a tomar sus propias determinaciones, disminuyó uno de los principales atractivos que antes habían alentado la esperanza de reproducirla en otras latitudes del continente.

Pese a todos los sueños, esfuerzos y vidas consagrados al ideal de la lucha armada revolucionaria, y al apoyo dado a otras alternativas, lo cierto es que, a la larga, la Revolución cubana quedó como el único acontecimiento de su género en América Latina. Si bien más tarde la guerrilla sandinista tomó el poder en Nicaragua, en las condiciones socioeconómicas, culturales y geográficas de ese otro país, y en sus circunstancias de agresión internacional, la permanencia de los ex guerrilleros en el gobierno —la aptitud de su proyecto para reproducir su continuidad— se hizo políticamente insostenible, pese al auxilio externo que les fue proporcionado. Hoy por hoy, la propuesta sandinista solo puede recuperar viabilidad a través de otros métodos y proyectos, diferentes de su modelo y estilo originarios, y del esquema que luego ha privado al sandinismo de desarrollar capacidad democrática para volver al gobierno.¹⁵

Finalmente, el cierre de los años 80 registró dos cambios sustantivos: China reconsideró el modelo de

desarrollo que antes preconizara, y emprendió una audaz, pero compleja, transición que, inicialmente, debió superar las incertidumbres reflejadas en la crisis de Tiananmen. Por el lado opuesto, la URSS reconoció que el modelo que antes entronizara se había convertido en un factor de estancamiento de sus fuerzas productivas, así como de apatía e inconformidad sociales, y en pocos años se desintegró durante un errático intento de reformarlo. En consecuencia, Cuba, que había reformulado su modelo inicial para acoplarlo al soviético, debió afrontar un «período especial» de reajuste que, bajo las condiciones de la política estadounidense de bloqueo económico, amenaza militar y hostigamiento diplomático, ha sido doblemente difícil.

Así, al comenzar los años 90 aquellos tres modelos habían quedado como grandes referentes históricos —con sus aciertos y errores, así como sus inspiraciones y desencantos— del patrimonio cultural de la izquierda, pero habían dejado de representar caminos que repetir. Esto lleva a una conclusión que ya hemos anticipado: la de que, durante la mayor parte del siglo xx, las izquierdas latinoamericanas discutieron con ahínco los métodos para cumplir su misión histórica, pero lo que ellas generalmente se planteaban no eran los objetivos por alcanzar, sino las formas de lucha presumiblemente requeridas para lograrlo.

Dándolos por sabidos, esos objetivos se vieron suplantados por la misión de reproducir en América Latina lo que antes se había conseguido en Rusia, en China o, en el mejor de los casos, en Cuba. Pero, a inicios del siglo xxi y considerando cada uno de aquellos modelos, cabe preguntarse: ¿todavía alguno constituye lo que hoy cabe proponer? Y si este no es el caso, entonces ¿qué es lo que sí lo debe constituir?

Las experiencias recientes demuestran que en las distintas latitudes de nuestra América ya están a prueba diferentes modalidades de una nueva generación de organizaciones de izquierda, ahora menos *vanguardistas* y más vinculadas a la pluralidad de las reivindicaciones y movimientos sociales.

Las relaciones más apropiadas a nuestros fines

Al asumir aquellos tres modelos o referentes históricos, las respectivas izquierdas adoptaban un paradigma, el de la revolución y la construcción socialistas entendidas como la derrota y remplazo del capitalismo, que se asumían conforme a determinado patrón conceptual: el del salto de un estadio histórico al siguiente, según el esquema que los simplificadores del marxismo habían hecho prevalecer. Un esquema que, asimismo, demandaba instaurar cierta modalidad

de la dictadura del proletariado —o más exactamente, de la concepción soviética de esa dictadura—,¹⁶ a fin de derrotar a la burguesía y sus aliados.

La cuestión de la dictadura del proletariado —o de una «dictadura con respaldo popular» como prefirió definirla el dominicano Juan Bosch— merece una consideración más detenida, que excede el propósito de estas páginas. Sin embargo, debe señalarse que la práctica soviética vició el concepto, al remplazar la idea de ejercer un poder revolucionario temporal que pueda realizar y defender las transformaciones básicas, por la de un régimen vertical, burocrático e inmovilista de carácter permanente, así como al remplazar el principio del pluralismo revolucionario por un monolitismo que, a la larga, sofocaría la creatividad intelectual y laboral, y la plural riqueza de la vida cívica.

Adicionalmente, esta instrumentación del concepto añadió, a nombre del internacionalismo proletario, no solo un natural deber de solidaridad, sino también la virtual exigencia de realinear al país revolucionario respecto a la estructura bipolar que las superpotencias le habían sobrepuesto al mundo. Esto es, la de subordinar el proyecto a las prioridades estratégicas del otro polo global de poder.

Acatar y cumplir, en mayor o menor grado, esas dos premisas —la dictadura del proletariado y el alineamiento internacional—, o dejar de cumplirlas, daba la pauta para calificar al partido, proceso o régimen de que pudiera tratarse.¹⁷

En sus circunstancias y tiempo, aquellas premisas y sus respectivas sustentaciones teóricas hicieron parecer innecesaria la tarea de reconsiderar lo que siempre debió ser el primer tema de toda izquierda: esclarecer sus propios fines, puesto que los mejores modelos tomados de otros lares y épocas no pueden remplazar los objetivos y motivaciones endógenas y actuales. Porque, aparte de las aportaciones útiles que esos modelos nos ofrecen, ellos, a la vez, condensan y reeditan visiones, pautas, intereses y estrategias, que no necesariamente se corresponden con las condiciones en que ahora debemos cumplir nuestros propósitos. Estos, en última instancia, son que nuestra gente viva mejor, sin que al recibir dichas aportaciones, el proyecto se vea enmarañado en cuestiones que dificulten discernir nuestras presentes y futuras expectativas, o se nos exponga, a golpes de represalia, a incumplir dichos propósitos.

Ello supone otras formas de plantearse las relaciones con el imperialismo, y de concebir el internacionalismo. La cuestión de las relaciones con el imperialismo —particularmente con uno que ha quedado sin contrapesos en un planeta unipolar— es demasiado compleja y sería para reducirla a la repetición de consignas que, por demás, no bastan para cambiar la

situación. Cuando se gobierna en interés popular, o se manejan efectivas posibilidades de lograrlo, es preciso concebir y gestionar un régimen de relaciones y cohabitación con las potencias imperialistas que no se reduzca a la lógica de la confrontación. Es preciso asumir una lógica de coexistencia, que conlleva articular concertaciones entre los países de condiciones similares a las nuestras para lograr nuevos términos de correlación y negociación con las naciones hegemónicas, con las cuales es ineludible convivir en este planeta.

Si bien ya no cabe adscribirse a una superpotencia rival, eso tampoco implica capitular ante la vencedora. En vez de claudicar, China y Viet Nam reajustaron sus métodos; Cuba resiste mientras readeúa su proyecto en nuevas circunstancias; Brasil construye su propia alternativa concertando entendimientos con los países del Sur. En uno u otro casos y circunstancias, la cuestión es buscar los mejores resultados posibles dentro del mundo que de veras existe, a la vez que integrar un esfuerzo colectivo para cambiarlo.

Cuando no se puede avanzar a grandes saltos, se adelanta paso a paso, pues en términos prácticos más vale mantenerse andando, aunque sea a paso reformista, que anquilosarse a la espera de saltos que por ahora no pueden darse. En palabras del presidente Hugo Chávez,

no acepto que [actualmente] vivamos un período de revoluciones proletarias; la realidad nos lo dice día a día. Pero si me dicen que por esa realidad no se puede hacer nada por los pobres, entonces respondo [que] jamás aceptaré que no pueda haber redistribución de la riqueza en la sociedad. Creo que es mejor morir en la batalla que mantener una bandera revolucionaria muy alta y muy pura, y no hacer nada... [Prefiero] avanzar un poco, aunque sea un milímetro, en la dirección correcta, en vez de soñar en utopías.¹⁹

El tema atañe especialmente a los partidos de izquierda, cuya capacidad de inserción y movilización popular debe combinarse con una estrategia de participación electoral, entendida como forma de organización social, como medio para conquistar gobiernos locales, de lograr representación y vocerías parlamentarias, y como vía para alcanzar el gobierno del país.

Dos cosas son esenciales. En primer lugar, en cada circunstancia es preciso orquestar diversas formas de lucha y, por lo tanto, incursionar en la vía electoral no debe suponer el abandono de otras. Al fin y al cabo, las formas de lucha de las organizaciones de izquierda —desde la vía democrática hasta la insurreccional— responden a las circunstancias que es preciso enfrentar, en correlación con las conductas del adversario y de sus modos democráticos o autoritarios, participativos o excluyentes, consultivos o arbitrarios, de manejar el poder. En tal sentido, la lucha armada no es una idea

en el vacío, sino la respuesta a la opresión cuando ya no quedan otros modos de ponerle término y, a la inversa, la lucha electoral responde a la posibilidad de crear y ampliar oportunidades democráticas de desarrollo pacífico, efectivamente respetadas, que permitan satisfacer los objetivos populares.

En segundo lugar, esta forma de lucha exige desarrollar aptitudes de competitividad electoral *sin perder identidad política*, por efecto de la tentación oportunista de ceder concesiones supuestamente lucrativas para ganar electores del «centro». El llamado centro es una arena amorfa que no nos corresponde, y donde podemos dejar de ser quienes somos. Si para ocuparlo se oculta, degrada o abandona la identidad de izquierda, junto con ella se pierden no solo crecientes segmentos de la confianza y la votación populares, sino también la consistencia política y moral que nos capacita para enarbolar un proyecto coherente. Antes bien, conquistar el centro es lo contrario: crear las capacidades persuasivas necesarias para rescatar electores honestos empantanados en esa arena, y moverlos hacia una izquierda fraterna y atrayente.

¿De qué objetivos hablamos?

En América Latina, la cuestión de los objetivos de las izquierdas deberá abarcar por lo menos tres ejes: el *nacional*, en sus dos aspectos: tanto el relativo al requerimiento de completar la efectiva integración mutua de las poblaciones componentes de cada país —sin dejar comunidades ni regiones marginadas ni excluidas—, como el relativo a la exigencia de recuperar autodeterminación y soberanía nacionales para que, en las actuales circunstancias de globalización e integración internacional, cada nación pueda materializar sus respectivos derechos y oportunidades, y preservar su legítima personalidad cultural, y para que nuestros gobiernos recuperen la facultad de decidir y actuar conforme a los legítimos intereses de sus respectivos pueblos, en vez de administrarlos al servicio de las transnacionales.

El eje *social*, relativo a la exigencia de erradicar la opresión, el atraso, la exclusión y el abuso, de satisfacer las exigencias populares de justicia, solidaridad, participación y equidad sociales, así como las de formación, trabajo productivo y salario decentes, servicios sociales básicos, e igualdad de oportunidades de desarrollo personal, para reducir y cerrar la brecha de las inequidades socioeconómicas y de las marginaciones y discriminaciones sociales y regionales, corrigiendo tanto sus causas estructurales y materiales como sus expresiones psicológicas y culturales. Puesto

que el ideal de igualdad, fraternidad y justicia es consustancial a las izquierdas, la prioridad de este eje es el irrenunciable empeño en reducir y cerrar la brecha de la injusta distribución de la riqueza producida. Esto es inseparable del esfuerzo por incrementar la productividad para disponer de mayor riqueza para distribuir.

Y el eje *democrático*, relativo a la necesidad de garantizar la representación y la participación de la pluralidad sociopolítica, ideológica y etnocultural del país —y la de cada ciudadano— en las deliberaciones y decisiones de interés colectivo, así como la de garantizar la fiscalización y control de las organizaciones populares y cívicas sobre la gestión pública, y la fiscalización estatal sobre toda forma de gestión que pueda afectar el interés de las colectividades sociales que integran la nación. Ello, en consonancia con la misma tendencia a la igualdad, es inseparable del esfuerzo continuo por eliminar las exclusiones y perfeccionar los ámbitos y prácticas de legítima representación, participación y pluralidad, que conllevan informar a las mayorías, consultarlas y acompañarlas a realizar su voluntad, junto con respetar los derechos de las minorías.

A esto debe agregarse la urgencia de elaborar un nuevo sistema de propuestas de la izquierda en el campo de la economía y del desarrollo de las fuerzas productivas con efectos de equidad social, dirigidos, sobre todo, a manejar las condiciones y oportunidades de la revolución científico-técnica y de la globalización en formas aptas para salvaguardar y mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos. Globalizar la fraternidad y la colaboración, en vez de la expoliación y la inequidad. Pero esas nuevas propuestas en el campo de la economía deberán trascender la usual repetición de prejuicios ideológicos, y la apología de pretéritos esquemas de cerrazón proteccionista, que si bien tuvieron pasados méritos, en su actual ineficacia práctica dan lugar a escasas capacidad innovadora y eficiencia productiva, privilegiando a una minoría protegida, en detrimento de las mayorías consumidoras, con resultados demasiado regresivos y conservadores.

Acerca de cada uno de esos ejes y propuestas, y sobre una amplia diversidad de otros temas, queda mucho más por abordar. Sin embargo, estas líneas no pretenden un inventario exhaustivo ni remplazar debates mayores, sino señalar que la consideración de esos tres ejes y de sus interacciones es indispensable, sin que eso signifique excluir otros asuntos.

Crear es la palabra

Nada tiene por qué ser fácil para las izquierdas porque, en esencia, mientras el papel de las derechas es

reproducir el pasado, el de las izquierdas es producir el futuro. Los reaccionarios conocen lo requerido para reeditar privilegios e inequidades, y hasta para perfeccionar su reproducción, y para ello conservan el inventario de casi todas las respuestas. En cambio, el papel de las izquierdas es crear la utopía idónea y justa para cambiar las cosas, elaborar nuevas propuestas y debatir los consensos necesarios para juntar fuerzas y construir alternativas de mejor proyección social. Suyas son todas las preguntas, porque su campo no es el de reincidir, sino el de transformar, no es la repetición trillada, sino el ancho campo de la aventura, rebosante tanto de esperanzas como de incógnitas y opciones inexploradas, donde nadie sobra, porque todos podemos aportar.

Por lo mismo, otra conclusión queda a la vista. La de que solo los propios latinoamericanos —desde sus respectivas particularidades nacionales— pueden determinar cuáles han de ser los objetivos que buscar y los mejores métodos para hacerlos realidad. Tras un siglo de lidiar con modelos ajenos, que al cabo no fueron los idóneos según los resultados obtenidos, lo que el nuevo estado de cosas nos entrega debe asumirse como emancipación y como oportunidad, pues ya a nadie le toca tutelarnos y somos los responsables por todos los actos realizadores de nuestro futuro.

Es hora de debatir, no para disgregar, sino para sumar fuerzas y emprender juntos el camino necesario. Tal como Martí lo advirtió en «Nuestra América», «es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes».

Puesto que no hay determinación previa de la historia, ni potencias providenciales que la hagan por nosotros, ni mucho menos a nuestra medida, es a nosotros a quienes corresponde definir, concertar y construir. Ante la gravedad y la urgencia de las necesidades latinoamericanas, solo nuestra imaginación, solidaridad y empeño podrán proponer y construir las soluciones que estos pueblos y realidades demandan.

A un siglo de distancia, al hablarnos de ese mismo imperativo, ya Martí nos dijo que, por eso, a esta hora «los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación».

Notas

1. Véase varios testimonios sobre estos temas en la revista *Santiago*, n. 11, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, junio de 1973 y nn. 18-19, junio-septiembre de 1975.

2. Ex general de la República española que entrenó en México a los expedicionarios del yate *Granma*.

3. Caamaño conservó un inmenso prestigio en su país. Sin embargo, al querer reanudar el movimiento revolucionario al frente de un grupo guerrillero, no generó una similar convocatoria social. Murió en heroica soledad en una escaramuza, con escasos efectos sobre la rutina política dominicana.

4. En Panamá, esa política ayudó a crear condiciones de movilización popular, unidad nacional y solidaridad internacional más propicias para renegociar con los Estados Unidos la desaparición de la Zona del Canal y de las bases militares extranjeras, y obtener la propiedad y control de la vía interoceánica.

5. La adhesión de los partidos comunistas se facilitó gracias a su aceptación previa del concepto de dictadura del proletariado, que antepone a realizar las reformas socioeconómicas a la meta de promover una mayor democratización.

6. Tratándose de experiencias en curso, aún es prematuro forzar la obtención de conclusiones teóricas sobre la experiencia de estos procesos. Sin embargo, más adelante se hacen algunas observaciones sobre este género de partidos.

7. En contraste, las movilizaciones de la sociedad civil y el movimiento popular sí lo han logrado en Costa Rica y El Salvador.

8. Ver «Prólogo» a «Contribución a la crítica de la economía política», en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, t. I, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

9. Al preguntarle a un responsable del Departamento Internacional del Partido Comunista chino si las nuevas políticas de su país afectan el carácter socialista establecido por la Revolución, contestó: «Por ese medio, en los últimos diez años, 220 millones de chinos dejaron de ser pobres, ¿acaso no es este el propósito de la Revolución?».

10. Al contrario de lo que suelen alegar las derechas, en lo que toca al caso venezolano la situación creada por el agotamiento del sistema de democracia restringida instaurado en 1958 —como el Caracazo lo puso de manifiesto al reflejar la incapacidad de dicho sistema para instalar las reformas neoliberales—, más el impacto mismo de estas reformas, generaron la crisis sociopolítica de la cual surgió el chavismo. En vez de ser causante de lo ocurrido, el chavismo es su efecto. Un efecto providencial, pues en manos de sus actuales oponentes esa crisis se encaminaba al caos.

11. Lo que recuerda el viejo dilema bizantino entre organizar la revolución o hacer reformas, en cuyos términos el marxismo esquemático olvidaba que toda revolución involucra un conjunto de reformas, y que más vale conquistar reformas —que para la gente son progresos— que tullirse en espera de revoluciones que

aún no pueden hacerse, así como la verdad empírica de que la vida de la mayoría de los revolucionarios latinoamericanos suele invertirse en luchar por reformas más que en materializar verdaderas revoluciones.

12. Quedando por aclarar si llegaban a esa conclusión por desconocimiento de las realidades y de la evolución de Rusia, China o América Latina o, como es más probable, por conocer solo algunas generalidades sobre ellas.

13. En nombre del no alineamiento, de la unidad del movimiento revolucionario mundial, y en su propio interés, Cuba evitaba adherirse a una de las partes. Sin embargo, la perentoria exigencia maoísta de que cada país y partido definieran una posición —la que además habría de ser hostil a la otra parte— contribuyó a que Cuba optara por la opción más realista.

14. Eso implicó la incorporación de Cuba al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) —el bloque económico encabezado por la URSS—, que involucraba la asignación de los roles que cada Estado miembro debía asumir en la producción y el intercambio de productos entre los integrantes del grupo, así como la uniformación de sus respectivas estructuras y métodos de administración y control.

15. Por otra parte, las únicas otras guerrillas que han perdurado en América Latina son las colombianas, cuyos orígenes y comportamientos son ajenos al modelo cubano y solo pueden explicarse en el contexto histórico y sociocultural de su propio país.

16. Definición que entre otras cosas suponía, a plazo perentorio, eliminar los instrumentos del mercado como medio idóneo para impulsar el desarrollo económico requerido para satisfacer las demandas sociales correspondientes a las nuevas relaciones socialistas.

17. En la práctica, para algunos incluso cabía pasar por alto otras características no menos sustanciales, así que eventualmente casos tan dispares como los de Albania, China, Viet Nam, Etiopía, Yugoslavia, Cuba, la República Democrática Alemana, Rumanía o la República Popular Democrática de Corea podían caber o dejar de caber en el mismo saco clasificatorio.

18. Véase Tariq Ali, «¿Por qué ganó Chávez?», *La Jornada*, México, DF, 19 de agosto de 2004.

© TEMAS, 2005.